



OSCAR VEGA

En los años finales de la década del cincuenta apareció por Concepción un señor bajito, vestido paucamente, de corbata seria y con una mirada vivísima. Venía desde Valparaíso y llegaba a participar de los vientos renovadores que soplaban en la universidad pensquista.

La ciudad aún no despertaba de ataragados sueños de provincia remota. En la Plaza de Armas, los domingos, luego de las misas de doce, la banda militar del maestro Adriano Reyes animaba el alboroto de la concurrencia. A diez cuadras del centro, en las apacibles calles, picoteaban las gallinas. En el pequeño mundo de los intelectuales provincianos se hablaba en voz baja, acerca de ese profesor. "En poeta", decían. Entre aquellos contertulios destacaban el novelista Daniel Belmar, el ensayista Alfredo Lefebvre y los vates Caspolicán Montaldo, Alfonso Alcalde y Raúl Iturrú. Todos lanzaban tímidas alabanzas al forastero. "Es el autor de *La Misericordia del Hombre*, perteneció al grupo *Mandrágora*", agregaban.

De pronto, en el transcurso de los veranos, la Universidad se iluminó. Surgieron actividades, exposiciones y cursos de temporada. En ellas participaban no solamente estudiantes sino también dueñas de casa, mineros del carbón, empleados fiscales y campesinos venidos de Itazapa, Florida o Santa Juana. Se comenzó entonces a hablar mucho más fuerte y seguro de los problemas de la cultura. Poco a poco y con el correr de otros estios fue llegando más gente al baile. Algunos imberbes y otros ya consagrados. Todos ellos intelectuales dueños en la polémica. Venían, incluso, desde otras capitales del mundo y vivificaban el ambiente. En el diario local, *El Sur*, bajo la dirección del periodista Emilio Filippi, se abrían generosas las columnas a las entrevistas y a los trabajos de autores nuevos. Surgía un rico intercambio de ideas. La vida sureña cambiaba del cielo a la tierra.



ROJAS, EL ILUMINADO

El señor que había llegado desde el norte, sumándose a tanta fiesta, era un motor infatigable. Organizaba los encuentros, dirigía las jornadas, ganaba incluso el Premio Municipal de Arte, máximo galardón de la ciudad. Se llamaba Gonzalo Rojas Pizarro. "La poesía es nuestra sangre",

dijo durante una larga entrevista cuando me recibió, rodeado de libros y de apuntes, en su pequeño hogar de la calle Ormopello. Obsequió a este reportero, que entonces llevaba pantalones cortos, como recuerdo, una maravillosa traducción de los poemas del francés Paul Eluard y en ese

texto una frase especialmente subrayada: "Pase lo que pase soñamos, pase lo que pase, vivimos".

Estoy ahora despatchando esta crónica a miles de kilómetros de distancia, desde la calidez del Caribe. Aquí hay miseria negra y enorme boletería de aguas azules purísimas. Un fax, proporcionado por el embajador chileno en Jamaica, Jaime Gana, trae la noticia: Gonzalo Rojas ha ganado el Premio Nacional de Literatura 1992.

El poeta, ese "pequeño dios" como lo define Huadobro, alcanza reconocimiento oficial. Ya era tiempo. Rojas, que lleva tantos inviernos buzonando su ese oficio mayor, le da prelación a un premio que, por tantos años, fuera ahorrado y maltratado, convertido en una mercancía vil destinada a alabar a los escasos intelectuales amigos de la dictadura.

A Gonzalo Rojas, hoy, en la plenitud de los setenta y tantas primaveras, lo sigue la gente joven. Conocen sus versos que van desbrotando el drama humano. "¡Qué se ama cuando se ama, mi Dios: la luz terrible de la vida o la luz de la muerte!".

Hay en estos días otros nombres que empujan a las letras de nuestro continente. Los galardones literarios de mayor relevancia este año han sido para escritores ligados profundamente a nuestras raíces. Derek Walcott, poeta de las Antillas anglofonas, ha sido honrado con el Nobel de Literatura; la poeta cubana de noventa años, Dulce María Loynaz, que representa a la desahuyante lírica de una generación que incluyó a Gabriela Mistral y Alfonsina Storni, entre otras figuras, ganó el Premio Cervantes; Patrick Chamoiseau, narrador francés antillano, ha merecido el Gonorat de Francia por su novela *Tenaxo*; y Gonzalo Rojas es, además de Premio Nacional en Chile, premio Reina Sofía de la poesía en España.

En la honda tradición poética nacional, con el peso enorme de Neruda, Huadobro, De Rokha y Gabriela, y con figuras que marcan la palabra en aguas, como Niccazor Parra y Jorge Teillier, la presencia de Gonzalo Rojas se mantiene singularísima. Cultura honda, lega lejos. Esa llama alimentada con fervor desde sus años oscuros, en el norte, o en Lebu, o en el exilio, acaso en largas estancias como profesor en los Estados Unidos o en las incansables caminatas y diálogos que muchas veces hicimos juntos por las calles de Berlín, se expresa ahora en nuevas publicaciones.

De la mano del autor de *Las Hormosas* o *Materia de Testamento*, dos de sus títulos importantes, vienen estrechadas las voces infinitas de los que pisan fuerte: Teresa de Avila, César Vallejo, Francisco de Quevedo, Paul Celan, Apollinaire, Arthur Rimbaud o de chilenos humildes y grandiosos, como lo fuera Carlos Prats Vial.

He aquí a Rojas, poeta inmenso y solitario, sólo como un antroponauta en el espacio. Nos otorga la esperanza, la que nace de los huesos, de la realidad. Allá en Chillán, en su casa cordillerana atravesada por el río, el Torro del Renegado, lo veo como un vigía, en un mundo contradictorio, incierto e inseguro, donde hoy, más que nunca, se necesita tanto de la fuerza del espíritu humano.

Rojas, el iluminado [artículo] Oscar Vega.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vega, Oscar

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Rojas, el iluminado [artículo] Oscar Vega. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile